

GACETA DE TENERIFE

Año VIII

DIARIO CATÓLICO DE INFORMACION

Número 2100

OFICINAS: SAN FRANCISCO, 7. Número suelto, 5 cts. Santa Cruz de Tenerife, Capital de la Provincia de Canarias. Precios de suscripción y tarifas, véanse en 6.ª plana. TELEFONO Num. 425

UN CASO DE HISTERISMO POLITICO

El manifiesto de los reformistas

El manifiesto que han publicado los reformistas aparece suscrito en primer lugar, por don Melquiades Alvarez; más, para cuantas observaciones y objeciones nos sugiera el nombrado documento, nosotros consideramos que el Sr. Alvarez es su exclusivo autor, y que las demás personas que lo autorizan, sin que precisamente hayan firmado en barbecho, deben responder de él en una progrección descendente que termina en cero con el último firmante.

Si hacemos mención especial del Sr. Azcárate es para hacer notar su avanzada edad, que Dios le aumente, y para recordar que Lúculo, después de haber prestado muchos y gloriosos servicios a Roma en paz y en guerra, y encontrándose todavía en todo su vigor corporal y mental, se negó irremisiblemente a intervenir de nuevo en los negocios públicos, porque creía que los hombres no debían actuar en ellos hasta su completo desgaste y agotamiento, sino retirarse oportunamente, cuando aún era sazón de que lo hicieran con lucimientos. Muchas cosas dignas de encomio ha hecho en su vida el Sr. Azcárate, pero todavía puede coronar con acertadísimas decisiones su larga e ilustre existencia.

El Sr. Alvarez es, pues, su autor y editor responsable del citado manifiesto o proclama, cuya aparición no vemos del todo justificada. Es más, no nos explicamos cómo un documento de tal inoportunidad, tan incongruente, tan en abierta pugna con el interés y el sentimiento del país ha podido brotar de una cabeza bien constituida y de un corazón amante de su Patria. Del patriotismo del señor Alvarez no podemos ni queremos dudar; pero esta última y descabellada obra suya, ¿a qué podremos atribuir, sin ofenderlo, cosa que está muy lejos de nuestra intención, sino a la misma ceguera, al mismo desquiciamiento mental que padecieron otros hombres que nos llevaron a la ruina y al desastre?

Todo cuanto ahora expresa en su manifiesto pudo decirlo el Sr. Alvarez en las Cortes. ¿Por qué no lo dijo? El conde de Romanones no impidió que en el Parlamento se discutiese el problema internacional. Y el problema fué discutido. En una sesión que todo el mundo recordará, todos los jefes de las representaciones parlamentarias expusieron con brevedad, pero claramente, su pensamiento, y allí se evidenció solemnemente que España quería seguir siendo neutral con dignidad, que es como continúa siéndolo; y aquel día habló también el Sr. Alvarez, limitándose, en resumen, a mostrarse ofendidísimo de que se pusiera en cuarentena su convicción neutralista. Por cierto que entonces tuvo el fracaso más lamentable y ruidoso que ha tenido en su vida parlamentaria, pues, hasta faltando al respeto a su persona, el Congreso lo precipitó en el abismo de ridículo que él mismo se había abierto. Mas parece que él y cuantos lo siguen han olvidado aquella sesión, en la que se demostró que para tratar cara a cara el problema internacional no están muy capacitadas muchas de nuestras primeras figuras políticas, y menos que ninguna el Sr. Alvarez.

¿A qué ni para qué este manifiesto de ahora, si esencialmente no han cambiado las circunstancias desde la sesión cuyo recuerdo acabamos de evocar? ¿Es hijo del desso de no aparecer más frío que el conde de Romanones en sus amores hacia la Entente, después de haber publicado éste su célebre memorandum al salir del Poder? ¿Quiere el señor Alvarez que sus recientes palabras resuenen en España, o no deseará mejor que repercutan en Francia?

Censura el Sr. Alvarez al Gobierno anterior porque no bastardeó más todavía de lo que lo hizo el recto y leal sentido de una verdadera neutralidad. No se nos alcanza qué más quería el jefe de los reformistas; porque en provecho de los aliados hemos cedido más de lo que podíamos y debíamos, hasta comprometer nuestra propia vida y quedarnos exhaustos de las cosas más

necesarias, mientras que en favor de los Imperios centrales no hemos hecho sino alejar a unos centenares de internados y conservar las relaciones diplomáticas indispensables para que la amistad no se convierta en enemistad.

Cuando los reformistas y los participantes de sus opiniones hablan del latinismo, ensartan frases vacías de sentido real, y cuando apelan a los lazos de solidaridad espiritual de nuestro país con Inglaterra y Francia lo hacen influidos por sus sectarismos políticos o por otros móviles nada estimables, olvidando las lecciones de la Historia y cerrando voluntariamente los ojos para no ver las desgaraduras que en el transcurso de ella nos ha dejado nuestro roce con esos pueblos. Lo más que se puede pedir a los españoles y no es poco, es piadoso humanitarismo para todos y ardiente y sincero deseo de paz. Mas ¿por qué hemos de inclinarnos hacia unos con preferencia sobre los otros o contra los otros, ni por qué hemos de apoyar material ni moralmente a quienes tantas veces nos han ofendido, ni por qué hemos de sentir odio irracional contra quienes nunca nos han vejado? ¿Hemos de ser intransigentes y altivos con unos y mansos y sufridos con los otros?

Pretende el Sr. Alvarez, y pretenden los que como él piensan, que nos divorciásemos del mundo latino—¡famoso y cargante latin!—si no entramos dócilmente en la vía que nos señala América. Pero ¿qué tienen que ver con el latin los Estados Unidos? ¿Qué países americanos latinos—ya no se lleva el decir hispanos—han ido a la guerra? Ni, aunque algunos hubieran ido, ¿por qué razón viva y efectiva habíamos nosotros de acompañarlos? Siendo España el tronco y la madre de tantas Repúblicas americanas ¿sería lógico que a éstas correspondiese la iniciativa y a aquella la obediente imitación? Pero, sobre todo, lo que es inconcebible es que haya españoles que al entrar en guerra los Estados Unidos, intenten que vayamos a la zaga y a rasuras de nuestros difamadores, de los que con sus calumnias antes de lo del «Maine» y después de lo del «Maine» quisieron deshonrarnos ante el mundo; de los que, fingiéndose amigos y tomando como pantalla de sus frios y codiciosos designios a los filipinos y a los cubanos, proporcionaban a los que entonces eran nuestros adversarios recursos y armas para que destruyesen vidas españolas; de los que al fin, nos arrebataron el mayor imperio colonial que ha habido en el planeta. Y cuando, el vendaval de las grandes pasiones colectivas y de todos los grandes egoísmos nacionales, tan vituperables como sublimes, está juntando en una misma zona de la tierra, a todos los que denigraron a España, a todos los que la explotaron, a todos los artífices de su decadencia, hay aquí españoles como el Sr. Alvarez, que nos gritan: «¡Corred, juntos a esos, que son el latin, la Civilización y el Derecho! ¡E los son vuestros amigos, vuestros hermanos! ¡Ayudadlos a matar a los bárbaros!» Y, porque no los hacemos caso nos llaman cobardes. ¡Bah, Sr. Alvarez! Es demasiado burda la hilaza.

El Sr. Alvarez, que, según se advierte, conoce perfectamente lo que sería una neutralidad favorable a los aliados no implicaría el quebrantamiento de la neutralidad. Seméjante afirmación podrá recomendar al jefe de los reformistas como travieso abogado capaz de ganar el pleito más difícil y escabroso, pero lo despoja de aquella cualidad ética que Cicerón preconizaba como una de las principales, si no la principal que el orador debe tener. Quien este concepto abraja de la seriedad y la verdad no es acreedor a la confianza de sus conciudadanos.

A cuento de qué consecuencia habla el señor Alvarez de fidelidad al pacto de Cartagena? ¿Sabe bien el señor Alvarez lo que ha dicho, ni qué cosa es ese pacto? Porque en el Congreso ha declarado quien tenía auto-

ridad para hacerlo y motivos para saberlo que no hay pacto ni compromiso alguno que obligue a España a intervenir en la contienda europea. De manera que, en esta ocasión, eso del pacto de Cartagena es puro filato del jefe de los reformistas.

Pero el Sr. Alvarez quiere más que una neutralidad ficticia y deseable; quiere el rompimiento de España Alemania, y para lograrlo, en honor de España la dignidad nacional, el decoro patrio. El honor, la dignidad y el decoro de España no tienen el derecho de disfrutarlo ni de invocarlo quienes otras veces, en campañas injustas y execrables, los han arrastrado por el suelo de Europa, ni quienes ahora, torpes e insensatos, se obstinan en llevarnos a una guerra en que nada nuestro se ventila, y para auxiliar a quienes por concepto alguno debemos esta cruenta prueba de fraternidad, si no es que muy contrariamente, son ellos quienes nos adeudan reparaciones y reivindicaciones de que es signo elocuente el Peñón de Gibraltar.

¿Por qué el Sr. Alvarez trae a colación al Ejército? El Ejército permanece en su sitio, y de lo que hará o no hará nadie ha hablado. De la opinión militar han hablado muchos, y nosotros los primeros; y aunque maliciosamente quieran los reformistas confundir una cosa con otra, todos sabemos que son cosas distintas. En toda ocasión cumplirá con su deber el Ejército, como ha cumplido siempre; pero la opinión militar jamás olvidará que una de las más altas y más imaculadas glorias del elemento armado español fué la conquistada el día 2 de Mayo de 1808 arrollando, con el pueblo, a los vendidos y afrancesados, para poder más tarde cumplir sagrados deberes en acatamiento a las órdenes de los Poderes constituidos que salvaron a la Patria amordazando a los falsos patriotas y venciendo a los invasores. De Daoiz, Velarde y Ruiz no queda solamente aquí las estatuas, también perdura su heroico ejemplo, del cual no faltarán imitadores si una ocasión lo exige.

No está España insensible, como equivocadamente supone el Sr. Alvarez. Al contrario, la sensibilidad española está muy aguda y muy despierta, por fortuna, y lo demuestran la vigilancia de la Prensa y la caída y el memorandum del conde de Romanones. Pero los reformistas no se han percatado de esa sensibilidad, y como están ciegos y sordos, no hacen sino caminar al descrédito y a la anulación.

Encontramos pernicioso la terquedad de muchos, el Sr. Alvarez es uno de ellos, en querer persuadir a España de que inevitablemente, fatalmente ha de estar por siempre unida al carro de triunfo de Inglaterra y de Francia, en prenda de su seguridad y para la posibilidad de su existencia. Durante muchos, muchos siglos, cuando España era alguien en el mundo, por ningún concepto se era necesaria esa unión, mejor dicho, esa sumisión; y España vivió poderosa. Los tiempos han cambiado, es innegable; pero, ¿jamás podremos ya soltar los audaces ingleses y franceses? Más plausible y más digno y más alentador sería el gritar continuamente a la nación: «¡Levántate, mejórate, prepárate, sé libre y grande al fin!» Pero este lenguaje sólo es propio de los hombres ingeniosos a quienes los intelectuales intervencionistas llaman «cabezas cuadradas».

Ha incurrido el Sr. Alvarez en una zafiedad indigna de su posición, al modificar de mercenarios a los escritores que abrigan y manifiestan simpatías a los Imperios centrales, como si esas simpatías no pudieran florecer en ningún alma íntegra y noble. Pensábamos que semejantes imputaciones sólo podrá lanzarlas la moralidad de moral insolencia que ya está descalificada por sus mismos virulentos escritos y a la que los denigrados, por respeto a sí propios, no devuelven, aunque tal vez tendrían más razón, tan liviana y grosera afrenta. El señor Alvarez está obligado a pensar y a conducirse con más elevación.

Y aun quizá sería su mayor y definitivo acierto el conversar reposada y seriamente con el Sr. Azcárate sobre si ambos deben imitar el admirable ejemplo de Lúculo.

(De La Correspondencia Militar). Madrid, 28 de Abril de 1917.

LA GÓNDOLA TE ESPERA

La góndola te espera en la laguna; apacible es la noche; está el ambiente lleno de perfumes de las fragantes flores.

Se escuchó el canario el tierno trino llamando a su adorada; los silfos y las ninfas y las náyades de las lagunas, cantan.

Se ve desde los lagos cristalinos la torre de San Marcos; es la hora acostumbrada de las citas o los amores trágicos.

Impaciente se encuentra en la laguna el amante en la góndola; mientras llegas, entonces enamorado, sentidas barcarolas.

Al fin apareciste acariciada por los galanos céfiros; y la espera premiaste, angel divino, con largo y dulce beso.

Ebrío por el placer echóse en brazos de la que tanta anhela; tal vez no lo recuerdes... se ha olvidado... de aquel día la pérdida.

Maximiliano Hardisson Espou. Madrid.

Después de leído no tire Vd. el periódico; préstelo a un amigo y "Gaceta de Tenerife" se lo agradecerá.

CURIOSIDADES

Datos obtenidos por algunos de los conquistadores de Tenerife

Dos de los conquistadores que vinieron a Tenerife, en unión del Adelantado don Alonso Fernández de Lugo, fueron: Juan de Salcedo y Juan Sánchez de Bollullo. De este apellido tomó nombre la playa del Rincón, jurisdicción del valle de la Orotava, por que allí concluyó una de sus considerables datas, situada entre los Barrancos de «Llerena» y de la vieja (hoy del Pintito).

Sábese, por diferentes catálogos que existen de las datas repartidas en esta Isla, que el conquistador expresado el último lugar, o sea Sánchez de Bollullo, figura con las siguientes: una en el libro 2.º de las originales, cuaderno 15, folio 27; otra en el libro 4.º de dichos originales, cuaderno 5.º folio 51; otra en este último citado cuaderno, al folio siguiente, o sea el 52; y otra en el libro 1.º, al folio 367. También obtuvo otras datas en esta Isla y en la de la Palma.

Las de Salcedo, constan: en el libro 4.º de las originales, cuaderno 1.º, folios 52 y 53; en dicho libro, cuaderno 11, folio 26; en el libro 1.º, por testimonio, folios 307 y 308; y en libro 2.º, igualmente por testimonio, folio 166. Con posterioridad, en 25 de Febrero de 1523, se dieron al propio Salcedo 300 fanegas de tierra en «Erjos» (Adeje), y 100 en «Daute» (Garachico).

De los mencionados Conquistadores existe numerosa descendencia en Tenerife, y especialmente del Salcedo en la Laguna y Orotava. Este distinguido apellido (cuyas armas y blason son: en campo de plata, un salce verde y colgado del escudo de oro, cinco panallas del mismo color verde) está representado actualmente por el respectable anciano y rico propietario, don Domingo Hernández de Salcedo; el ilustrado, virtuoso, y filantrópico Presbítero, don Francisco Hernández de Salcedo y González de Oliva; doña Inocencia Petronila Hernández de Salcedo; doña Angela Hernández de Salcedo, viuda de Machado, don Felipe González y Hernández de Salcedo, doña Juana Hernández de Salcedo de Dorta y otros, residentes todos en dicha Orotava.

En cuanto a la descendencia del Sánchez de Bollullo, y a las armas de su escudo, nos reservamos reseñarlas en otro escrito.

M. Méndez de Valencia. Santa Cruz de Tenerife Mayo de 1917.

¿Lo sabré yo?

Corrían calmosas las horas de la siesta, y sólo turbaban el silencio y quietud reinantes en el famoso corral de los Avellanos el animado diálogo que sostenían la gorda y bigotuda señora Mariquita y su apergaminaada vecina señora Ana, la beata, bajo la parra y sobre el candente asunto de la guerra europea.

—Desengáñese usted, señora Ana—decía la primera,—mi marido, que anda siempre entre gente mu bien portá y que, no porque yo lo diga, es un hombre de los pocos en lo que toca a cuestiones de política, lo tiene usted más agarrao que una lapa a los lios; y que no los ofendan delante de él, porque es capaz de sacarle los ojos...

—A uno que no los tenga—concluyó señora Ana, tomando pausadamente un polvo de rapé.—Pues mire usted, yo no leo los papapeles ni tengo ná con unos ni otros, pero algo tendrá el agua cuando la bendicen; mucha gente de viso, personas de carrera mu cristianas y de alta catolería las veo yo a la vera de los alemanes.

—No serán mu cristianas; porque el keaser, la mujé, el kompringue y titos ellos son potrestantes.

—Conforme, pero son muy cabales en tó y por tó.

—¿Usted los ha visto?

—Y usted, ¿ha visto a los otros?

—Yo, no; pero dicen los diarios que les soldaos del keaser derrumban desde chipelines tos los orificios guenos, como son catrales, destitutos y tontos, y eso es un dolor; luego, la mar de criaturitas que han dejao huérfanas, porque como son tan fieros...

—Esa sí que es la pura, ¡poca gente habrá en eso tan noble como esos lios o rebuñaos que usted dice! Como que los otros derrumban tó lo que encuentran desde los chiquetines...

—Chiquetines, no; chipelines—corrigió señora Mariquita en tono doctoral.

—Viene a ser lo mismo—repuso señora Ana, que volvió a coger la hebra diciendo:—El resultado es que aquellos tóto lo estruyen, y éstos van jaciendo casas... renovando... pintando...

—¿Ande usted allá, pintando! No, mujer; ellos, aunque no quieran, no tienen más remedio también que jasté daño...

—Bueno, pero es distinto; como no quieren, de seguro que los que sean alcanzados por sus bombas y sus balas no sentirán dolor, vendrá a ser casi casi como si les dieran bizcochos.

—Vamos, que está usted hoy un poquito guasona; sus bombas y sus balas hacen lo mismo que las de los otros.

—De manera que también serán fieruchos, y criaturas guérfanas habrá en los dos lios.

—Claro es.

—Entonces ¿por qué no suenan más estroznos ni más muertos que los de allá?

—¿Por qué?—preguntó azorada señora Mariquita, que falta de argumentos, no encontró medio más adecuado para salir del atolladero que decir a su vecina:

—Ya veo que es usted una beatona de siete suelas.

—Tarda ha salido eso a relucir, antes lo esperaba yo; pues sepa usted que yo no soy más que una mala cristiana que quiere cumplir con la ley de Dios; pero esa es la madre del cordero; que son muchísimos los que quieren vivir a sus anchas, y como los franceses, según decía mi amo, que en gloria esté, son maestros en eso de ponerse por montera tititas las leyes, lo mismo las de arriba que las de abajo, por eso tienen tantos partidarios.

—¿No, señora, es que escendemos del mismo tronco...

—Peor que peor; no hay cuña más mala que la de la misma marea.

—Y aluego—continuó la señora Mariquita, que a la España le conviene estar a su vera.

—¡Cabalito! Va pa más de un siglo que nos jicieron una visita y todavía no nos ha salido el susto del cuerpo.

—Eso no tiene ná que ver. ¿Quién es tu hermano? El vecino más cercano, dice el refrán, y la Francia, sé yo por mi Tofito, que estudia ya Fograña, que se está tocando casi con la mano por ahí por el lao de Gibraltar.

—Si estará; yo me quité de la escuela mu chica y no llegué a dar la mapa.

Sombreros para Señoras

Se ha recibido en el gran taller de sombreros, calle de Doctor Allart (antes Sol) número 55, una inmensa colección de modelos para Señoras y niñas. Lo más selecto y elegante de las principales fábricas de París fué elegido para esta casa que, correspondiendo al favor del público, puede vender a precios muy reducidos los modelos de sombreros última novedad, que recibe con frecuencia en grandes cantidades.

Se reforman los sombreros de paja y fantasía, quedando exactamente como nuevos, los ya usados. Para ello cuenta con máquinas especiales.

En fantasía, gasas y flores, hay gran existencia.

Doctor Allart (Antes Sol) 55.

VINOS EXQUISITOS

Son los de las famosas bodegas del Excmo. Sr. Duque de Almodóvar del Río.—Sanchez Romate Hnos.

Amontillado N. P. U.

Carta Real

Manzanilla Ligera

Es lo mejor de Jerez de la Frontera.

Representación y depósito.—Noria 5.—Santa Cruz de Tenerife.

—Pues si es la Ingalaterra tiene usted que el rey es tío de la reina de acá, y es claro que jurá lo mismo que usted y que yo: ampará a su sobrina, que es su sangre.

—No me jaga usted reír: eso es como el que tiene un tío en Grand; a los ingleses se les hacen los dientes agua pensando en España, pero es pa trársela.

—Infundios de los carcas.
—Infundios de los que habla usted y el descamisado de su marido, que no se ha podido vestir de limpio hasta que metió la cabeza en la Casa del Pueblo.

—La envidia que se la come a usted.

—Vamos allá, vamos allá, que las palabras son como las cerezas—dijo terciando en la conversación la casa, que a la sazón tendía ropa en los alambres que cruzaban el patio.—No hay que acalorarse; dice D. Imilio que lo que nos conviene a los españoles es la naturalidad.

—¡Já, já, já, ¡la naturalidad!—observó señora Mariquita,—dirá usted la nutria... así tampoco es; la nutria...

—Por ahí va, por ahí va; la nutria—afirmó señora Ana en tono solemne.

—Al fin y al cabo ha tenido usted que venirse o la razón—exclamó señora Mariquita llena de entusiasmo.—la nutria... ¡Sabré yo que lo liao es lo que nos tiene cuenta? A Isora no hay quien lo escarse en esas cuestiones.

Dehamah.

Ecós de Sociedad

Restablecimiento

Se encuentra restablecido de su enfermedad, el distinguido oficial de Correas don César Permury. Nos alegramos.

Viajeros

De Larache donde ha pasado algún tiempo regresó ayer en el vapor «Atlante», don Arturo Corrales.

Enhorabuena

En las solemnes funciones religiosas que con motivo del mes de María, se celebran en la Iglesia del Pilar, ha merecido muchos elogios, la magistral manera de recitar poesías a la Virgen, de la preciosa niña María del Carmen González de Velasco y Estarriol, hija de nuestro respetable amigo el digno director del Hospital militar, D. Eustasio González de Velasco, al que felicitamos sinceramente.

Impresiones de un discurso

Un distinguido amigo de Murcia, Pepe Cánovas, fervoroso maurista, me escribió para que representase a la Juventud Murciana en el trascendental acto que aquí en Madrid, se había de celebrar el 29 del pasado. En el pronunciaba el insigne D. Antonio un discurso, resumen de todas las conferencias que en el «Palace» se habían llevado a efecto, organizadas por la Juventud y Centro Maurista de Madrid.

A este objeto, pues, tenía que visitar a otros dos señores, desconocidos para mí, juntos los cuales, teníamos la misión de presentar un pliego de firmas y cartas de adhesión como homenaje a dicho acto.

El honor que para mí suponía esta delegación me indicaba no solo esa particular amistad sino la conformidad de todos, y esta unanimidad y aquella amistad es para mí tanto más honrosa, cuanto que fui elegido no siendo hijo de Murcia, donde tantos jóvenes hay de indiscutible valía que hubieran estimado en todo su valor el nombramiento con que a mí se me favoreció tan benévotamente.

Esto es causa de que, después de quedar profundamente agradecido por tan delicada atención, arraigue más en mí el cariño que hacia aquella noble ciudad profesaba. De ella guardo tan gratos e inolvidables recuerdos...

Ojalá al orador, y aún parece después de tantos días, que resuena en mis oídos la palabra enérgica, emocional y sincera con que el gran estadista nos deleitó, y hacíamos prorrumpir en gritos de ¡Viva España!, aplaudiendo luego, frenéticamente, todas y cada una de las palabras que salían de su boca.

Su figura se destacaba, excelsa, entre la multitud de personas que le rodeaban. Sus ademanes varoniles y llenos de arresto, sus párrafos breves, hacían saltar a nuestro corazón oprimido duramente un instante, en murmullos de admiración, que pronto un siseo prolongado de la muchedumbre hacía callar.

Cuanto se diga es poco ante la realidad. La sublimidad del acto es tal, que jamás se pudo concebir: Una multitud formada por más de 20.000 personas, representación de todas las clases sociales, prorrumpían en estruendosas ovaciones que el precioso orador agradecía en silencio.

Los hombres en pie, gritábamos hasta enroquecer, y las mujeres, levantando al aire sus diminutos pañuelos, los agitaban saludando al primite, que, afectado, sonreía y continuaba hablando de nuestra neutralidad, condenando a quienes a la guerra querían arrastrarnos, en lucha ajena a nuestros intereses. Y todo, todo parecía hipnotizar a aquella multitud, que no sabía sino dar «vivas a España» «al Rey» «a Maura», el hombre recto y probo, al indiscutiblemente capaz de salvar a nuestra querida Patria, impulsada hasta el borde fatal del precipicio por gobernantes desaprensivos, que mezclan su ineptitud con su ambicioso y desmedido interés.

Eta fué mi impresión del discurso, cuyo mejor comentario es leerlo, no una sino mil veces, palpar la realidad que contiene, asimilar su contenido, y después, si se es imparcial, amante de la Patria, español, en una palabra, no habrá quien le ponga «pero» quien «objete» quien «comente».

Y ya llegará a mi tierra, como se esparcerá por todas las partes de España hasta sus más apartados rincones el texto íntegro de su discurso, no se le lean, que serán todos, asertos del Maestro y sus profundos conocimientos del alma española.

Repetió tres veces «mienten» los que afirman que el convenio de Cartagena o algú otro tratado, público o secreto, nos obliga a ir a la guerra.

No hay nada que a ello, nos obligue, dijo con tonante voz, que llegó a nosotros quitando dudas y vacilaciones en algunos. «España, ni debe, ni quiere, ni puede ir a la guerra». Y la ovación que siguió a estas valientes palabras de hombre convencido de sus afirmaciones, fué enorme, colosal, indescriptible.

Y tantas otras cosas dijo en aquella hora el eximio estadista, que reseñarlas es restarles valor.

Baste, pues, decir como comentario, que aquí en Madrid, fué un día grande. El gentío que atravesaba la calle Alcalá hacia la plaza de toros, era imponente; había servicio especial de coches y tranvías que, abarrotados echaban el «completo» apenas arrancaban de la Puerta del Sol.

Y la prensa?... Leed, «El Día», el «A B C», «La Acción», «El Debate» todos los periódicos que aquí forman opinión y tienen vida propia. Aun los mismos de las izquierdas, «España Nueva», «El País»... los del trust si queréis, «La Esfera», «Imparcial» etcétera, y vereis que, aun estos últimos reconocen la trascendencia del acto, la virtud, el talento de D. Antonio.

Y, para terminar, diré que la organización que al acto había dado la Juventud Maurista, ha sido digna de elogio; la distribución de asientos en el redondel de la Plaza y la colocación en los tendidos, así como la parte artística, de adornos de palcos y meseta del toril, sitio desde donde nos dirigen la palabra el Sr. Maura y en el que se habían puesto las suficientes sillas para los personajes de su política y Juntas Directivas del Centro y Juventud resultó del todo admirable. Ea parecidos términos escribí a la Prensa de Murcia apenas concluído el discurso, y en aquellas líneas escritas de prisa y como salían de mi pluma, derramé mi loco entusiasmo, la admiración profunda llena de respeto que me inspira el gran estadista. Daba gracias a la noble Murcia y alentaba a su Juventud a crear allí un Centro de política adicto a Maura consagrado a hacer política honrada y a combatir el caciquismo allí imperante.

Juan J. Mascareño.

Madrid, 6 Mayo 1917.

JUDICIAL

Resolución importante

Por la Audiencia Provincial se ha dictado resolución revocatoria de un auto del Juzgado de Instrucción de esta Capital, en importante incidente que había promovido el procurador D. Agustín D. Casanova, representando a D. Luis Díaz Rodríguez.

En la vista mantuvo la apelación el Letrado D. Andrés de Arroyo y González de Chavez, a quien felicitamos cordialmente no solo por el éxito del recurso, sino también por su brillante informe del cual a personas autorizadas, hemos oído hacer los más calurosos elogios.

Los que llegan

De Cádiz trajo el vapor «Atlante» los pasajeros siguientes:

D. Florindo Porico Díaz, don Pablo Regidor, don José Martín, y don Domingo Pana, don Joaquín Guerrero, don José David, y 4 más, don Arturo Corrales, don Tomás Abiol y dos hermanas, don Gabriel Oliver, don José Oliva, y don José Suárez, don Francisco Francés, señora e hijo, don Castro de Torres y un niño y don Eusebio Cortín.

De Las Palmas don Alicia del Pino y don Manuel Sosa.

V. Sierra Ruiz

Médico Cirujano

Ex Interno del Hospital Clínico de Zaragoza

Consultas de 2 a 4

Gratuita para los pobres los Martes, Jueves y Sábado a las mismas horas. Asistencia a partos

PARTICULAR 2.º - Núm. 2

(Barrio de Salamanca)

Notas marítimas

El vapor correo «Atlante» entró ayer con carga general correspondiente y pasaje, procedente de Cádiz y Las Palmas.

A la Consignación de los señores Hamilton y Comp. llegó de Las Palmas con carga general el vapor «Esperanza».

Del mismo puerto entró el pallebot «Pescador» con pescado.

Confesando su impotencia

Los periódicos ingleses confiesan ahora el sacudimiento que experimenta la potencia naval inglesa. El «Morning Post» dice:

«Lo crítico de la situación estriba en que Alemania hizo innavigable considerable parte del Océano por medio de minas y submarinos. El pueblo inglés que durante generaciones vivió en la confianza de la inquebrantable potencia naval de Inglaterra, y consciente de que la fuerza inglesa es hoy más fuerte que nunca, no comprende que esta flota sea impotente frente a la campaña submarina.

El país debe comprender que aquello que antes llamaba potencia naval, hoy ya no existe.

El antiguo orden de cosas en el que todo nuestro sistema político y económico estaba basado sobre la flota victoriosa y en el libre desarrollo del tráfico, ya no existe.»

Gaceta de Madrid

Nombramientos

Han sido nombrados por concurso don Baldomero Argente del Castillo, profesor de término de la Escuela Industrial de Madrid con destino a la enseñanza de Derecho vigente en España, y don Pedro Casarrubios y Marcos, catedrático numerario de Matemáticas del Instituto general y técnico de Las Palmas.

La prensa rusa se queja del «Times»

Contra la actividad del «Times» de Londres, protesta el conocido periódico de Moscú «Utro Ross». Hace constar que el «Times» siempre fué el más fiel servidor del gobierno zarista, elogiando las medidas reaccionarias de Stolypin y de otros en una sección especial de dicho periódico cedida al gobierno ruso.

La recompensa de esto se demuestra por las elevadas sumas que para estos anuncios fueron pagadas al citado periódico.

Después del hundimiento del zarismo, el «Times» expresó su simpatía por la autocracia derribada, calumniando a la república en sensacionales relatos cuya falsedad pudo inmediatamente ser comprobada.

Debido a esto periodistas de San Petersburgo enviaron una terminante protesta contra el «Times» a todos los periódicos rusos. La asociación de redactores del famoso periódico «Ruskoje Silovo» como protesta contra el «Times» rompió todas las relaciones con el corresponsal del periódico inglés en San Petersburgo.

No obstante sigue gozando de su posición privilegiada, también bajo el gobierno republicano, contra lo cual se queja el «Utro Ross».

Atención

La Sociedad de socorros mutuos «La Casa de los Obreros», hace presente a sus socios que el Médico don Victorino Sierra y Ruiz presta sus valiosos servicios a esta Asociación, tanto a domicilio como en su clínica calle Particular 2.º número 2, de 12 a 4 de la tarde. (Barrio Salamanca).

Agencia Canaria

De Cádiz recibimos ayer el telegrama que copiamos a continuación, y que se refiere sin duda a los telegramas que hace unos días se han publicado referente a la instalación en aquel puerto de una agencia encargada de la compra y venta de frutos canarios.

«Supícole desvanezca en periódico equívoca interpretación. Agencia Canaria en Cádiz no reconoce otro dueño que Isaac Martín, la que pongo disposición fruteros canarios. Isaac Martín.»

Queda complacido nuestro amigo.

FOLLETÍN DE «GACETA DE TENERIFE» (53)

EL BUEN PAÑO....

por JUAN F. MUÑOZ PABÓN, Pbro.

pie en el umbral de casa de Doña Paca, entró en el zaguán y dijo con voz no muy segura.

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!—contestó Carmela, saliendo al encuentro del caballero, cuya voz no había conocido, y quedándose como el que vé visiones con lo inesperado de la visita.

—¡Mamá!—siguió diciendo a Doña Paca, que andaba por la cocina con tía Mónica, disponiendo los menesteres de la cena, ¡Venga usted, que están aquí el señor Don Agustín Ibáñez y el señor don Juan! ¡Ay! pero siéntense ustedes, y ustedes dispensen cómo está usted, Don Agustín? ¿y usted, D. Juan?: la verdad es que está una tonta la mitad de las veces.

—¿Tanto bueno por aquí?—entró diciendo Doña Paca, muy fina, porque lo era, muy agradecida, porque lo estaba, y muy sorprendida, porque era la primera vez que veía entrar en su casa visita semejante:—¿tanto bueno por aquí?... pero siéntense ustedes... ¿levantarse porque llego yo?... ¿cómo están ustedes?

—Bien ¿y usted?—respondieron y preguntaron a la vez padre e hijo.

—Yo, mejor que merezco, y muy honrada con la visita de ustedes.

Y los tres se sentaron; esto es: Doña Paca, D. Agustín y Juanito. Carmela pidió permiso para retirarse y Don Agustín le rogó que se quedara. Arrastró una silla y se sentó también.

—Conque ustedes dirán—empezó a decir Doña Paca muy complaciente, o mejor, muy ganosa de complacer—en qué podemos servirles.

—Yo no sé—comenzó Don Agustín, muy serio y muy grave:—si usted sabrá, señora, que nuestros hijos, es decir: la señorita y este servidor de usted, se quieren.

—¡Ay, no, señor—contestó Carmela,

la, blanca como la pared y temblando de pies a manos como un perlatito:—yo no he hablado en toda mi vida con el señor Don Juan hasta ayer tarde. Si a usted le han dicho algo, es mentira, porque ni el señor Don Juan es capaz de ninguna cosa mala, ni María Purísima!—y llorar con el mayor desconcielo.

—No; si no es nada de eso, señorita—replicó Don Agustín, dulcificando el tono.—Como no ha dejado usted que me explique, no ha podido entenderme. No vengo a recriminar a usted por nada malo; sino a pedir a su señora madre, que está presente, la mano de usted, para mi hijo Juan, porque él así lo quiere.

Y, como yo suponía, que, para dar este paso, contaba él desde luego con el amor de usted, empecé por decir a su madre, que su hija y mi hijo se querían.

—Yo no sé nada de eso, señor Don Agustín—contestó Doña Paca, ni me nos pálida, ni menos temblorosa que su hija.—Es más, señor Don Agustín:

si yo no conociera a usted como le conozco; si yo supiera por experiencia propia que es usted la caballerosidad y la honradez y la decencia personificadas, creería que venían ustedes a casarse. ¡Tan ignorante estoy de lo que usted dice y tan poca cosa me parece mi hija, para que ponga sus ojos en ella un hombre como el señor Don Juan.

—Pues entonces, señora, que hable mi hijo: porque caso como éste, yo no lo he visto en toda mi vida. Conque anda, niño, explícate tú.

—Sin que siquiera ella misma lo haya sospechado—comenzó Juanito sosegadamente—yo he venido queriendo a Carmela, desde que éramos niños los dos. Jamás se lo he dicho, ni aun dado remotamente a entender.

Quería yo estudiarla por fuera y desde lejos, para, sin apasionamiento de ninguna clase, ver si lo que ella me inspiraba era verdadero amor y si ella lo merecía, trabajillo me cuesta lo que voy a decir... pero en fin; allá va tal y como es realmente: pues mentir es indigno de caballeros, y la

felicidad que vengo demandando merece algún sacrificio de mi parte; quería estar desligado, para... la verdad: divertirme y holgarme como todos los hombres a mi edad, sin imponerle a ella la vileza de consentirlo, ni someterla al dolor de llorarle. En fin y para decirlo de una vez: la tenía reservada para casa definitiva; pero entretanto, vivir de fonda me parecía divertido y hasta sabroso, y así he venido viviendo.

Verdad que no he dado escándalos, pero tampoco puede decirse que haya servido mi vida de edificación a los demás.

En este estado las cosas, Carmela ha llegado a los veinte y yo a los veintitrés. El amor que me ha inspirado desde niño, lejos de aminorarse, se acentúa y se agiganta, cada vez más.

Mi padre, no solamente quiere que me case, sino que me insta a que lo haga, y, resuelto a darle gusto y darme a mí, le he hecho que se ponga de tiros largos para venir a pedir la mujer que imagino pintiparada para